

IV. LA NECESIDAD QUE TIENE DIOS DE HOMBRES QUE OREN

«Hacemos lo que Él manda. Vamos donde Él quiere que vayamos. Hablamos lo que Él quiere que hablemos. Su voluntad es nuestra ley. Su placer, nuestro gozo. Él está, hoy, buscando a los perdidos y Él quisiera que nosotros busquemos con Él. Él está pastoreando a los corderos y Él quiere nuestra cooperación. Él está abriendo puertas en tierras paganas, y Él quiere nuestro dinero y nuestras oraciones».—Anónimo.

Procedemos ahora a declarar que se requiere liderazgo de oración para mantener a la Iglesia en los propósitos de Dios, y para capacitarla para los usos de Dios. El liderazgo de oración preserva la espiritualidad de la Iglesia, así como los líderes sin oración producen condiciones no espirituales. La Iglesia no es espiritual simplemente por el mero hecho de su existencia, ni por su vocación. No es mantenida en su sagrada vocación por generación, ni por sucesión. Como el nuevo nacimiento, «no es de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios».

La Iglesia no es espiritual simplemente porque se interese y trate con valores espirituales. Puede celebrar sus confirmaciones por millares, puede multiplicar sus bautismos, y administrar sus sacramentos innumerables veces, y sin embargo estar tan lejos de cumplir su verdadera misión como las condiciones humanas puedan hacerlo.

La actitud general de este mundo presente relega la oración a la insignificancia y la oscuridad. Por ella, la salvación y la vida eterna son puestas en segundo plano. No puede afirmarse con demasiada frecuencia, por lo tanto, que la primera necesidad de la Iglesia no son hombres de dinero ni hombres de intelecto, sino hombres de oración. Los líderes en el ámbito de la actividad religiosa deben ser juzgados por sus hábitos de oración, y no por su dinero o posición social. Aquellos que deben ser colocados en la vanguardia del quehacer de la Iglesia, deben ser, primero que todo, hombres que sepan cómo orar.

Dios no lleva a cabo Su obra únicamente con hombres de educación, de riqueza o de capacidad empresarial. Tampoco puede realizar Su obra por medio de hombres de grandes intelectos o de gran cultura, ni aún por medio de hombres de gran eminencia e influencia social. Todos estos pueden ser tomados en cuenta siempre que no sean considerados como primordiales. Estos hombres, por el simple hecho de estas cualidades y condiciones, no pueden liderar en la obra de Dios ni controlar Su causa. Los hombres de oración, antes que nada, son indispensables para el avance del reino de Dios en la tierra. Ningún otro tipo encajará en el plan ni hará la obra. Los hombres, grandes e influyentes en otras cosas, pero pequeños en la oración, no pueden hacer la obra que Dios Todopoderoso ha dispuesto que Su Iglesia haga en este, Su mundo.

Los hombres que representan a Dios y que están aquí en Su lugar, los hombres que han de edificar Su reino en este mundo, deben ser en un sentido eminente hombres de oración. Cualquier otra cosa que puedan tener, cualquier otra cosa que les falte, deben ser hombres de oración. Teniéndolo todo y careciendo de oración, deben caer. Teniendo oración y careciendo de todo lo demás, pueden triunfar. La oración debe ser el factor más conspicuo y más potente en el carácter y la conducta de los hombres que emprenden una comisión divina. El negocio de Dios requiere hombres versados en el negocio de la oración.

Debe tenerse en cuenta que la oración a la que los discípulos de Cristo son llamados por autoridad y exigencia de las Escrituras, es un llamamiento valeroso, para hombres varoniles. Los hombres que Dios quiere y de quienes depende, deben trabajar en la oración tal como trabajan en su llamamiento mundano. Deben seguir este negocio de la oración hasta el final, tal como lo hacen con sus actividades seculares. La diligencia, la perseverancia, la cordialidad y el valor deben estar todos en ello si ha de tener éxito.

Todo lo asegurado por la promesa del Evangelio, definido por la medida del Evangelio y representado por el tesoro del Evangelio, se encuentra en la oración. Todas las alturas se escalan por ella, todas las puertas se abren a ella, todas las victorias se ganan por ella y toda gracia se destila sobre ella. El cielo tiene todo su bien y toda su ayuda para los hombres que oran.

¡Cuán marcada y fuerte es la amonestación de Cristo que envía a los hombres desde el despliegue de la dádiva y la oración públicas a la privacidad de sus aposentos, donde con puertas cerradas y en silencio envolvente están a solas en oración con Dios!

En todas las épocas, aquellos que han llevado a cabo la voluntad divina en la tierra han sido hombres de oración. Los días de oración son los días de bonanza de Dios. Su corazón, Su juramento y Su gloria están comprometidos a una sola conclusión: que toda rodilla se doble ante Él. El día del Señor, en un sentido preeminente, será un día de oración universal.

La causa de Dios no sufre por falta de capacidad divina, sino por razón de la falta de capacidad de oración en el hombre. La acción de Dios está tan ligada a la oración en este tiempo, como lo estaba cuando dijo a Abimelec: «Abraham orará por ti, y vivirás». Así también fue cuando Dios dijo a los amigos de Job: «Mi siervo Job orará por vosotros, pues a él aceptaré». El gran plan de Dios para la redención de la humanidad está tan ligado a la oración para su prosperidad y éxito como cuando el decreto que creó el movimiento fue emitido por el Padre, llevando en su frontispicio la condición imperativa, universal y eterna: «Pídemme, y te daré por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la tierra».

En muchos lugares ha sobrevenido un estado de cosas alarmante, en el sentido de que muchos de los inscritos en nuestras iglesias no son hombres y mujeres de oración. Muchos de los que ocupan posiciones prominentes en la vida de la iglesia no son hombres de oración. Es muy de temerse que gran parte de la obra de la Iglesia esté siendo realizada por aquellos que son completos extraños al aposento secreto. Poca maravilla es que la obra no tenga éxito.

Si bien puede ser cierto que muchos en la Iglesia dicen oraciones, es igualmente cierto que su oración es del orden estereotipado. Sus oraciones pueden estar cargadas de sentimiento, pero son insípidas, tímidas y sin fuego ni fuerza. Incluso este tipo de oración es hecha por unos pocos hombres dispersos que se encuentran en las reuniones de oración. Aquellos cuyos nombres se

encuentran ocupando un lugar prominente en nuestras grandes asambleas eclesiásticas no son hombres notados por sus hábitos de oración. Sin embargo, todo el entramado de la obra en la que están involucrados depende, por fuerza, de la suficiencia de la oración. Este hecho es similar a la crisis que se crearía si un país tuviera que admitir ante un enemigo invasor que no puede luchar y que no tiene conocimiento de las armas con las que se ha de librar la guerra.

En todos los planes de Dios para la redención humana, Él propone que los hombres oren. Los hombres han de orar en todo lugar, en la iglesia, en el aposento secreto, en el hogar, en los días sagrados y en los días seculares. Todas las cosas y todo depende de la medida de la oración de los hombres.

La oración es el genio y el resorte principal de la vida. Oramos como vivimos; vivimos como oramos. La vida nunca será más fina que la calidad del aposento secreto. El mercurio de la vida solo subirá por el calor del aposento secreto. La no-oración persistente eventualmente deprimirá la vida por debajo de cero.

Medir y pesar las condiciones de la oración es descubrir fácilmente por qué los hombres no oran en mayor número. Las condiciones son tan perfectas, tan benditas, que es un carácter raro el que puede cumplirlas. Un corazón todo amor, un corazón que mantiene incluso a sus enemigos en amorosa contemplación y preocupación orante, un corazón del cual se purgan toda amargura, venganza y envidia —¡cuán raro! Sin embargo, esta es la única condición de mente y corazón en la que un hombre puede esperar dominar la eficacia de la oración.

Hay ciertas condiciones establecidas para la oración auténtica. Los hombres han de orar, «levantando manos santas»; siendo aquí las manos el símbolo de la vida. Las manos no manchadas por las malas obras son el emblema de una vida no manchada por el pecado. Así han de venir los hombres a la presencia de Dios, así han de acercarse al trono del Altísimo, donde pueden «alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro». He aquí, entonces, una razón por la que los hombres no oran. Son demasiado mundanos en el corazón y demasiado seculares en la vida para entrar en el aposento secreto; y aunque entren en él, no pueden ofrecer la «oración ferviente y eficaz del hombre justo, que mucho

puede». Además, las «manos» son los símbolos de la súplica. Las manos extendidas representan una apelación de ayuda. Es la actitud silenciosa pero elocuente de un alma desamparada que está de pie ante Dios, apelando por misericordia y gracia. Las «manos», también, son símbolos de actividad, poder y conducta. Las manos extendidas a Dios en oración deben ser «manos santas», manos sin mancha. La palabra «santo» aquí significa no contaminado, sin mancha, sin mácula, y que observa religiosamente toda obligación. ¡Cuán lejos está todo esto del carácter de los hombres amantes del pecado, de mentalidad mundana, dispuestos a la carne, manchados por las concupiscencias carnales, manchados por la indulgencia mundana, impíos en corazón y conducta! «Quien busca la equidad debe practicar la equidad», es la máxima de los tribunales terrenales. Así, quien busca los buenos dones de Dios debe practicar las buenas obras de Dios. Esta es la máxima de los tribunales celestiales.

La oración es sensible, y siempre se ve afectada por el carácter y la conducta de quien ora. El agua no puede elevarse por encima de su propio nivel, y una oración sin mancha no puede fluir de un corazón manchado. La oración recta nunca nace de una conducta torcida. Los hombres, lo que los hombres son, detrás de su oración, eso es lo que da carácter a su súplica. El corazón cobarde no puede hacer una oración valiente. Los hombres manchados no pueden hacer una súplica limpia y pura.

No son las palabras, ni los pensamientos, ni las ideas, ni los sentimientos los que dan forma a la oración, sino el carácter y la conducta. Los hombres deben caminar de manera recta para poder orar bien. El mal carácter y la vida injusta derriban la oración hasta que esta se convierte en una mera consigna.

La oración toma su tono y vigor de la vida del hombre o de la mujer que la ejerce. Cuando el carácter y la conducta están en un nivel bajo, la oración apenas puede vivir, mucho menos prosperar.

El hombre de oración, ya sea laico o predicador, es el hombre de confianza de Dios. En el ámbito de los asuntos espirituales, él crea condiciones, inaugura movimientos, hace que las cosas sucedan.

Por el hecho y la condición de su creación y redención, todos los hombres están bajo obligación de orar. Todo hombre puede orar, y todo hombre debe orar. Pero cuando se trata de los asuntos del Reino, digamos de una vez que un hombre sin oración en la Iglesia de Dios es como un órgano paralizado del cuerpo físico. Está fuera de lugar en la comunión de los santos, fuera de armonía con Dios y fuera de acuerdo con Sus propósitos para la humanidad. Un hombre sin oración obstaculiza el vigor y la vida de todo el sistema, como un soldado desmoralizado es una amenaza para la fuerza de la que forma parte en el día de la batalla. La ausencia de oración disminuye todas las fuerzas vitales del alma, paraliza la fe, deja de lado la vida santa, cierra el cielo. Entre los santos que oran y los hombres que no oran, en la Sagrada Escritura, la línea está trazada con nitidez. De Fletcher de Madeley —uno de los santos que oran— está escrito que

«fue mucho más abundante en sus labores públicas que la mayor parte de sus compañeros en el santo ministerio. Sin embargo, estas tenían poca proporción con aquellos ejercicios internos de oración y súplica a los que se entregaba por completo en privado, los cuales se mantenían casi ininterrumpidamente de hora en hora. Vivía en el espíritu de oración, y cualquiera que fuese el empleo en que se ocupara, este espíritu de oración se manifestaba constantemente a través de todos ellos.

»Sin esto no formaba ningún designio, ni emprendía deber alguno. Sin esto no leía ni conversaba. Sin esto no visitaba ni recibía visitante. Ha habido temporadas de súplicas en las que parecía ser llevado mucho más allá de los límites ordinarios de la devoción, cuando, como su Señor en el Monte de la Transfiguración, mientras continuaba derramando su poderosa oración, la apariencia de su rostro se transfiguraba, y su rostro aparecía como el rostro de un ángel».

¡Oh Dios, levanta más hombres de oración como John Fletcher! ¡Cuánto necesitamos, en este nuestro día, hombres por medio de los cuales Dios pueda obrar!